

SEXUALIDAD Y PROCREACIÓN

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Salustiano del Campo *

I. AMOR, SEXUALIDAD Y PROCREACIÓN

El amor posee una considerable importancia estructural en los sistemas sociales y, para analizar con rigor sus consecuencias, hemos de desprendernos de cualquier tentación de lirismo y ceñirnos a su función en la creación y consolidación de una unión de pareja. Esto naturalmente si creemos que existe, como sucede con el doctor Gregorio Marañón, que distingue entre el impulso primario de la atracción entre un hombre y una mujer, que es la *libido* o impulso genital y el *amor*, que es un fenómeno en gran parte cerebral, pero que tiene raíces tan hondas en el *instinto sexual* que no se puede separar de él. Por amor entiende él en definitiva “el conjunto de los fenómenos psíquicos y afectivos suscitados por la energía perpetuadora de la especie”¹.

La opinión contraria la mantiene José Antonio Marina en su libro *El laberinto sentimental*, donde ha sentenciado que “el amor, por supuesto, no existe. Existe, dice, una nutrida serie de sentimientos a los que etiquetamos con la palabra *amor*, que está a punto de convertirse en un equívoco. Esta confusión léxica nos hace pasar muchos malos tragos, porque tomamos decisiones de vital importancia para nuestra vida mediante un procedimiento rocambolesco. Experimentamos un sentimiento con frecuencia confuso, lo nombramos con la palabra *amor* y por ensalmo, la palabra concede una aparente claridad a lo que sentimos y, de paso,

* Sesión del día 13 de marzo de 2006.

¹ Cfr. GREGORIO MARAÑÓN, *Tres ensayos sobre la vida sexual*, quinta edición, Biblioteca Nueva, Madrid, 1929, pág. 219.

introduce nuestro sentimiento en una red de significados culturales que imponen, exigen, o nos hacen esperar del amor una serie de rasgos y efectos que acaso ni siquiera sospechábamos”².

Cualquiera que sea la parte que tiene la razón, los sociólogos han ido por otra vía y han destacado la que William J. Goode llama “importancia teórica del amor”³, refiriéndose a todos los aspectos de la vida social en los que influye y cuya descripción resulta imposible. Pero no sobra recordar que la cuestión va más allá de que el amor sirva o no de preludio inevitable al matrimonio clásico, o simplemente dé lugar a una relación más o menos estable. Incluso establecer una así requiere que los jóvenes hayan sido socializados para el amor, que es, en este sentido, una de esas pautas culturales que los humanos se transmiten de generación en generación y que, según William Jankowiak y Eduard Fischer se encontró en 147 culturas de las 166 que estudiaron en 1992.

“En la vida no puede faltar el amor”, “quien no sabe lo que es el amor no vive de verdad” y otras afirmaciones semejantes son tan corrientes que no vale la pena detenerse en ellas. Mayor interés reviste averiguar cuáles son las condiciones sociales que engendran al amor, porque no creo que nadie niegue que tiene un origen social, relacionado por supuesto con la atracción sexual y al mismo tiempo con un efecto inhibitorio de cualquier actividad de este género, como mantenía Freud, o justificativo de ella, como es característico de la llamada nueva moral sexual. La vis atractiva del amor es, por lo demás, un requisito indispensable en la separación definitiva de los individuos de sus familias de orientación y un gran incentivo para que establezcan las suyas de procreación, dicho sea sirviéndome de la terminología clásica de los sociólogos funcionalistas.

Talcott Parsons⁴ ha sugerido con mucha perspicacia que la relevancia del amor en las sociedades actuales procede de tres hechos. En primer lugar, de que la cultura juvenil está vertebrada por el eje principal de la emancipación del sujeto de su familia de origen. El proceso de independización personal tiene hitos perfectamente identificables, entre los cuales destacan la mayoría de edad, la terminación de los estudios, la obtención del primer empleo y el cambio al estado civil de casado o el inicio de una convivencia marital. Por otro lado, el amor no es tan sólo o sencillamente el elemento cristizador de la decisión de formar una relación estable de pareja, sino sobre todo el motivo que lleva al individuo a ajustar-

² JOSÉ ANTONIO MARINA, *El laberinto sentimental*, Editorial Anagrama, Madrid, 1996.

³ WILLIAM J. GOODE, “The theoretical importance of love”, *American Sociological Review*, 24, febrero 1959, pp. 38-47.

⁴ TALCOTT PARSONS, “Age and sex in the social structure of the United States”, *American Sociological Review*, 7, 1942, pp. 604-616.

se a un nuevo papel, el de compañero o cónyuge, que también necesita aprendizaje. Y hay, por fin, que tener en cuenta que en una estructura social compleja la unidad familiar básica, el núcleo constituido por la unión de dos personas de distinto sexo, tiene algo de islote. Antes, o en ciertas capas sociales, formaba parte de extensas redes de parentesco que la arropaban, mientras que ahora sus integrantes han de agarrarse literalmente al clavo ardiendo de su amor recíproco, porque el resto es un océano de indiferencia en el que los sociólogos estamos empeñados en redescubrir esa malla sutil a la que llamamos "familia extensa modificada", que no siempre basta para disimular la soledad y la precariedad de una relación frágil, amenazada y escasamente apoyada en cimientos económicos sólidos.

Pero los efectos del amor no se agotan en la relación íntima, con mayor o menor dosis de sexo, sino que trascienden a otros ámbitos e instituciones de la sociedad de un modo exuberante, como se comprueba recordando el consumo que origina, o el mensaje que sobre él transmiten los medios de comunicación de masas, bien sea en los reportajes de las revistas del corazón o en las sentidas dedicatorias que los autores de libros dedican a sus sufridas esposas.

Para decirlo de otra manera: el amor, se crea o no en su ser, está presente en todas las sociedades y lo problemático es el grado en el que se encuentra institucionalizado. Donde se le considera irrelevante para la elección de esposo o esposa se da también en las aventuras extramatrimoniales, en esas grandes pasiones que los literatos describen, o en el cumplimiento de algunas posibles funciones o disfunciones. Desde el punto de vista de la Antropología Cultural el papel que nuestra civilización asigna al amor es excepcional, porque hasta lo ha erigido en mito⁵. Lo cual no supone que en otras esté ausente del cortejo y, en general, de la relación prematrimonial, sino únicamente que no se le adiciona la carga ideológica que supone erigirlo en pilar del noviazgo y del casamiento.

La capacidad de perturbación social de este sentimiento, tan cantado por los poetas y tan usado como argumento dramático, es enorme y no hay sociedad que no intente controlarlo de una u otra manera. La libertad de casarse con quien cada uno quiere no implica solamente una conquista de la evolución social, sino también una relajación de los lazos clásicos del parentesco. Por esa razón, en los estratos más ricos de las sociedades incluso avanzadas sigue existiendo la familia extensa, cuyo soporte más firme, como sabían muy bien los pensadores tradicionales, es la existencia de un patrimonio y por ende la necesidad de conservarlo y la conveniencia de acrecentarlo. Además, la obtención de fines de orden político a través de enlaces matrimoniales pertenece a la historia de los grandes lina-

⁵ HUGO G. BEIGEL, "Romantic love", *American Sociological Review*, 16, 1951, pp. 326-334.

jes y llegó a convertirse en un lema de la Casa de los Habsburgo: *O tu felix Austria nube!*

De todo lo cual se desprende lo lógico que resulta que las sociedades controlen el brote amoroso antes de que se produzca. Eso es lo que persigue, por ejemplo, el casamiento entre niños o adolescentes, que aún perdura en países con un sistema de castas como la India y, de un modo diferente pero muy eficaz, la delimitación de mercados matrimoniales en las sociedades abiertas del tipo de las occidentales. Este cometido lo desempeñan hoy en parte los colegios selectivos a los que acuden los miembros de determinados grupos sociales, los clubs privados y ciertas fiestas rituales. A él contribuyen asimismo determinadas prácticas y el mantenimiento de algunos valores que no siempre se interpretan de un modo adecuado, como son la supervisión por la ahora trasnochada carabina de las niñas bien de antaño, o el culto de la virginidad, uno de cuyos propósitos latentes era evitar la irremediabilidad de un enlace provocado por un embarazo inconveniente. Los adolescentes y los jóvenes de uno y otro sexo transitan expuestos a estos riesgos durante una etapa muy importante de sus ciclos vitales, asociándose con quienes son, o pueden ser, cónyuges potenciales aceptables de acuerdo con las normas sociales vigentes.

Las modificaciones de este tipo ideal de relación tienen que ver con cambios sociales diversos y de gran amplitud. Algunos son tecnológicos, como el perfeccionamiento y la fiabilidad de los anticonceptivos, que otorgan una seguridad prácticamente completa a encuentros íntimos antes muy arriesgados. Otros son socioeconómicos, como el trabajo de la mujer fuera del hogar, cuyos efectos se dejan sentir fuertemente en su educación, en la liberación de su conducta y en su estrategia de convivencia marital. Otros, en fin, derivan del relativo predominio del mérito sobre la adscripción como criterio principal para ocupar las posiciones más escasas y apetecidas en la sociedad.

Algunos sociólogos⁶ estiman que el amor es el instrumento mediante el cual, en último término, se induce a los individuos a asumir y desempeñar los roles, a menudo sacrificados, de marido y esposa, constituyendo las familias conyugales que siguen desempeñando las importantes funciones que aún conservan entre nosotros. En cierto modo, en un mundo que exige y prima la racionalidad, se institucionaliza la irracionalidad que es el "amor romántico", porque el sistema solamente seguirá funcionando si los individuos se muestran dispuestos a subordinarse a valores que a veces chocan de un modo frontal con los de nuestra civilización industrial materialista.

⁶ SYDNEY M. GREENFIELD, "Love and marriage in modern American: a functional analysis", *The Sociological Quarterly*, 6, 1965, pp. 361-377.

II. SEPARACIÓN ENTRE SEXUALIDAD Y PROCREACIÓN

En el proceso de deconstrucción de la familia al que me he referido en otro lugar⁷, una de las disociaciones más trascendentales y con mayores consecuencias es la efectuada entre la actividad sexual y la procreación, cuya vinculación biológica se ha roto al interponerse la disponibilidad casi universal de anticonceptivos seguros y cómodos de usar. Por esta causa, ahora importan más, al usar el sexo, los medios y el proceso que las consecuencias y tanto la actividad sexual como el matrimonio y el parentesco se han visto sometidos a una nueva definición social.

Porque no se trata solamente de la utilización de los medios anticonceptivos para reducir la natalidad, sino del poder que estos permiten para controlar el calendario de la fecundidad. Recordemos que, a principios del siglo XX, las mujeres que se casaban por término medio a los 24,6 años invertían 12,7 años en tener los 4,7 hijos que alumbraban y acababan de tenerlos ya al borde de los 38 años, indudablemente una edad harto tardía para hacer algo en el mundo laboral, incluso si sus cualificaciones les hubieran incitado a entrar en él. A mediados de los años 80, las españolas se casaban con 22,6 años e invertían 5,8 años en tener los 1,7 hijos que constituirían su descendencia final. Esto, obviamente, no las frenaba para reincorporarse al mundo laboral al que ya habían pertenecido antes de sus matrimonios. Menor número de hijos, pues, y también un calendario controlado a voluntad y sujeto a decisiones que pueden revisarse a lo largo del matrimonio, hasta el punto de que no es ahora infrecuente tener un segundo o tercer hijo cuando ya las mujeres están próximas a sobrepasar el límite biológico con menos peligros para sus salud y la de su hijo.

Sin embargo, lo más importante que ha sucedido en la conexión entre natalidad y procreación es la difusión del uso de anticonceptivos, que ahora es general y el hecho de que la anticoncepción la ejercen o pueden ejercer autónomamente las mujeres. Los datos facilitados por Naciones Unidas para principios de los años noventa indican que, en el mundo, el 57% de las parejas utilizaban medios anticonceptivos conocidos y el 49% uno o más de los modernos, que van desde la esterilización, la píldora, los inyectables, los dispositivos intrauterinos, los preservativos, los de barrera regional y los de ritmo, a los de retirada del hombre y otros, y esto era así tanto en las regiones desarrolladas donde utilizan alguno el 72% y alguno moderno el 50% de las parejas, como en el mundo menos desarrollado, donde los usaban de algún tipo el 53% de las parejas y modernos el 48%.

⁷ SALUSTIANO DEL CAMPO, *Familias: Sociología y Política*, Editorial Complutense, Madrid, 1995, pp. 27-38.

Estos datos pueden completarse advirtiendo que, de todas las parejas que en esa misma época utilizaban medios anticonceptivos, el 86% los usaban modernos. Como indica Naciones Unidas, “los métodos más usados son los que controla la mujer: la esterilización femenina (30%), los dispositivos intrauterinos (21%) y las píldoras (14%). Los métodos principales a disposición de los hombres, preservativos y vasectomías, abarcaban el 9% y el 8% respectivamente y los métodos tradicionales, el ritmo y el *coitus interruptus* suman juntos el 13% aproximadamente. En la mayoría de los países los métodos anticonceptivos modernos han dado origen a casi todo los aumentos recientes en el uso de anticonceptivos y el que más rápidamente se difunde es la esterilización femenina, tanto en los países menos como en los más desarrollados, aunque en unos y en otros –y en especial en los últimos– lo más característico es el uso alternativo de los diferentes métodos y una amplia diversidad en cuanto al mayor empleo de unos u otros”⁸.

A mi juicio, lo más sobresaliente que se deduce de estos datos es que el ejercicio de la sexualidad sin intención de procrear no es hoy ni un rasgo propio de unos países y no de otros, o de las regiones desarrolladas frente a las en vías de desarrollo, sino algo tan generalizado que nos permite concluir que, no ya en el plano de las posibilidades tecnológicas sino en el de los comportamientos reales, sexualidad y procreación se han separado y no por las prácticas de una minoría, sino por su universalización. Lo cual implica, por supuesto, que la decisión reproductiva libre ha de ser considerada, ahora y en adelante, como el resultado de un proceso social que ya no se producirá principalmente dentro del matrimonio y que es excepcionalmente distinto del tradicional, así como y sobre todo que la sexualidad merece ser estudiada en sí misma y ser entendida autónomamente como quieren los sociólogos.

III. LA ORGANIZACIÓN SOCIAL DE LA SEXUALIDAD

La investigación científica de la sexualidad estuvo denominada en su fase inicial por el enfoque biológico. Arrancó de la publicación en 1859 de *El origen de las especies* de Darwin y se benefició también de la actitud intelectual creada por la Ilustración, que promovió su estudio separado de la moral. Entre 1875 y 1925 trabajaron y publicaron sobre la sexualidad autores tan importantes como Kraft-Ebing, Freud, Hirschfield y Havelock Ellis, por citar solamente algunos. Aunque eran médicos, sus escritos abarcaron aspectos muy amplios del tema. A todos los cita el doctor Marañón en su obra *La evolución de la sexualidad y los estados inter-*

⁸ United Nations, *Concise report on the World Population Situation in 1995*, Nueva York, 1995, pag. 19, cuadro 7.

sexuales (1929), donde tampoco se olvidaron las aportaciones de representantes de otras disciplinas⁹.

Kraft-Ebing, en su *Psychopatia Sexualis*¹⁰, que describió principalmente lo anormal y peligroso, acompañándolo de juicios moralizadores y fuertemente críticos, fue el primero que recopiló historias de caso de personas cuya vida sexual divergía de lo que prescribían las normas de la época. Havelock Ellis y Hirschfield, que se caracterizaron en cambio por su simpatía hacia los comportamientos que se alejaban de lo normal, padecieron ellos mismos algunos problemas sexuales. Ambos sobrepasaron en sus trabajos los confines de la medicina y de la biología, aunque coincidieron en hacer un gran uso de las historias clínicas.

La obra capital de Ellis es un estudio muy vasto, que recurre a la historia, a la medicina, a la filosofía, al derecho y a la literatura y bordea la sociología, interesándose por las orientaciones sexuales, los condicionamientos de la conducta sexual, el origen de los códigos morales y otros asuntos semejantes¹¹. Hirschfield encabezó un movimiento contrario a las leyes que castigaban la homosexualidad, fundó y dirigió un instituto para la investigación de la sexualidad y fue también fundador y primer presidente de la Liga Mundial para la Reforma Sexual, a la que pertenecieron Bertrand Russell y otros famosos personajes de su tiempo.

Por su parte, la influencia de Freud fue tan grande que a ella se debe la canalización de estos estudios hacia el psicoanálisis y, también, la relegación a un segundo plano de las incipientes orientaciones sociológicas de los autores anteriormente citados. La atención se concentró así en el análisis en profundidad de los individuos, descuidando las relaciones entre sus comportamientos y la estructura social y especialmente algunas de sus dimensiones básicas, como la clase social, la educación y las creencias religiosas.

El campo de la investigación de la sexualidad estuvo, pues, enseñoreado durante bastante tiempo por la biología y principalmente por Freud, si bien algunos antropólogos sociales, como Frazer, Westermarck, Malinowski y Sumner, también hicieron aportaciones importantes. Todos ellos se ocuparon de la organización social de los pueblos primitivos y, por tanto, de la familia y del parentesco, de modo que acabaron desembocando en el estudio del incesto, de la endogamia

⁹ GREGORIO MARAÑÓN, *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, segunda edición, Morata, Madrid, 1930. En la página 261 se cita la obra de QUINTILIANO SALDANA, *Siete ensayos sobre sociología sexual*, Madrid, 1928.

¹⁰ RICHARD VON KRAFT-EBING, *Psychopatologia Sexualis*, primera edición, Stuttgart 1886. Hay ediciones en inglés de 1906, 1922 y 1965.

¹¹ HAVELOCK ELLIS, *Studies in the Psychology of Sex*, publicados entre 1896 y 1928 y reimpresos en dos volúmenes en 1936 por Random House, Nueva York.

y de la exogamia, de los ritos de pubertad y de otras cuestiones de índole sexual. No deja de ser paradójico que los sociólogos pudieran entonces investigar los comportamientos sexuales de los pueblos primitivos, como fue el caso de Sumner, y no el de los habitantes de las ciudades modernas. Edward Sagarin¹² cita dos sugerentes obras de William I. Thomas¹³ y Georgene H. Seward¹⁴, cuyos títulos respectivos, *Estudios sobre la Psicología Social de la sexualidad* y *Sexualidad y orden social*, no respondían a sus contenidos verdaderos y dan testimonio de la ausencia en esa época de la sociología en este campo de estudio.

Dentro de este período se registraron, sin embargo, algunas investigaciones de carácter sociológico, aisladas y no demasiado importantes, sobre todo en criminología y en lo que entonces se llamaba desorganización social. Cercano ya el inicio de la Segunda Guerra Mundial aparecieron los excelentes trabajos de Kingsley Davis sobre la prostitución, la ilegitimidad y los celos que, aunque no se basaban en datos empíricos, constituyeron el intento más serio realizado hasta aquel momento de entender la naturaleza de las mores sexuales en términos de la estructura social, tal y como esta era concebida por el enfoque funcionalista¹⁵.

La segunda gran etapa de la investigación científica de la sexualidad, que protagonizará la Sociología, se abrió con la decisiva contribución de un biólogo, Alfred C. Kinsey, en cuyo equipo no figuraba ni un solo sociólogo. El creó el Instituto para la Investigación de la Sexualidad, hoy llamado Instituto Kinsey, cuyas obras sobre el comportamiento sexual masculino (1948) y sobre el comportamiento sexual femenino (1953) obtuvieron una enorme difusión y le dieron una fama muy merecida¹⁶. Desde entonces, los estudios sociológicos sobre la sexualidad han proliferado tanto que solamente me referiré aquí a algunos cuya cita estimo indispensable.

El Instituto Kinsey entrevistó oralmente a lo largo de catorce años a millares de personas acerca de sus vidas sexuales y las disciplinas científicas que más influyeron en su metodología fueron la biología, la psicología conductista y la sociología. El primero de los volúmenes citados antes contiene el análisis de 5.300

¹² EDWARD SAGARIN, "Sex Research and Sociology: Retrospective and Prospective", en James M. Henslin y Edward Sagarin (Eds), *The Sociology of Sex*, Schocken Books, Nueva York, 1978, pp. 254-255.

¹³ WILLIAM I. THOMAS, *Sex and Society: Studies in the Social Psychology of Sex*, University of Chicago Press, Chicago, 1907.

¹⁴ GEORGENE H. SEWARD, *Sex and the Social Order*, McGrawhill, Nueva York, 1946.

¹⁵ KINGSLEY DAVIS, "The Sociology of Prostitution", *American Sociological Review* (núm. 2, 1937, pp. 744-755); "Illegitimacy and the Social Structure", *American Journal of Sociology* (núm. 45, septiembre 1939, pp. 215-233); "Jealousy and Sexual Property", *Social Forces*, (núm. 14, marzo de 1936, pp. 395-405).

¹⁶ Cfr. ALFRED C. KINSEY, WARDELL B. POMEROY y CLYDE F. MARTIN, *Sexual Behaviour in the Human Male*, W.B. SAUNDERS, Filadelfia, 1948 y A.C. KINSEY, W.B. POMEROY, C.E. MARTIN y PAUL H. GEBHARD, *Sexual Behaviour in the Human Female*, W.B. Saunders, Filadelfia, 1953.

historias de caso y el segundo el de 5.940. En uno y otro Kinsey se preocupó tanto de la validez como de la representatividad muestral, aunque ésta resultó ser finalmente uno de los puntos más débiles de su aportación¹⁷. Tampoco le faltaron reproches de renombrados científicos sociales sobre otros aspectos, como los formulados respectivamente por Margaret Mead, Gorer y Simpson¹⁸. De ellos, acaso el más justificado sea el de que estudia un número demasiado grande de presos por delitos sexuales y que no es presumible que las vidas sexuales de estos sean representativas de las de las personas de su misma edad, condición social y educación, que jamás dieron motivo para ser privados de su libertad.

Desde la perspectiva del presente, Sagarin¹⁹ resume las principales aportaciones de Kinsey en cinco puntos: 1) la respetabilidad que su enfoque, su metodología y sus resultados han acabado otorgando a la investigación sobre la sexualidad; 2) su demostración de que es posible obtener de la gente datos sobre su actividad sexual y comprobar si dicen o no la verdad, gracias al desarrollo de unas técnicas especiales de construcción y prueba de consistencia de los cuestionarios; 3) la introducción del concepto de *continuum*, para determinar el grado en el que las personas son homosexuales o heterosexuales, del cual se pueden encontrar antecedentes en Hirschfiel y, más cerca de nosotros, en *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, de Marañón; 4) la demostración de que no solamente hay comportamientos sociales diversos, sino también la de que aún sus formas más inusuales son practicadas por grupos de personas más numerosos de lo que hasta aquí se creía; 5) el debilitamiento cuando no la destrucción de estereotipos y prejuicios de gran aceptación popular en Estados Unidos.

Sagarin ha expresado con tanta precisión lo que Kinsey ha representado para la investigación de la sexualidad que no me resisto a citarlo extensamente: “*Después de Freud*, se analizaban se profundizaban y se estudiaban el simbolismo del sexo, el inconsciente y los mecanismos y consecuencias de la sublimación y de la represión. Era el momento de los psicoanalistas y de otros estudiosos orientados también a la terapia y ayudados por los hombres de letras. *Después de Kinsey*, se contaba: quién, cuántas veces, con quién, dónde, por qué, y a veces se añadía el punto de vista del sujeto sobre sí mismo y sobre sus socios. Había llegado el momento del estudio sociológico del sexo, que ha producido décadas de trabajos importantes”²⁰.

¹⁷ WILLIAM C. COCHRAN, FREDERICK MOSTELLER y JOHN W. TUCKEY, *Statistical Problems of the Kinsey Report on Sexual Behaviour in the human male*, American Statistical Association, 1954.

¹⁸ Ver EDWARD SAGARIN, op. cit., p. 258.

¹⁹ EDWARD SAGARIN, op. cit., pp. 260-261.

²⁰ EDWARD SAGARIN, op. cit., pp. 262-263.

En la fase que sigue merece una mención destacada la obra de Masters y Johnson²¹ que, aunque muy influida por Kinsey, vuelve de lleno a la biología. Atrajo la atención de los sociólogos, no solamente por haber utilizado también entrevistas, sino por valerse de la observación directa y, sobre todo, por haber contribuido a derribar algunas barreras más de las muchas que se han opuesto desde siempre a la investigación de la sexualidad. Además, vio la luz en la década de los años sesenta, que se caracterizó precisamente por la revolución sexual manifestada en la discusión abierta de estos temas y en la exposición de cuanto se relacionaba con ellos, así como también por la protesta juvenil, que en este punto concreto puso en tela de juicio la moral convencional y aplicó la política de la confrontación al universo de lo erótico. En este proceso, sin embargo, se perdió el amor, se evaporó el compromiso y se redujo el sexo al proceso biológico que Kinsey cuantificó y Masters y Johnson estudiaron.

Hasta los años noventa no se puede hablar de una nueva etapa²². En 1993 aparece el estudio de Spira y otros en Francia²³, y en 1994 los de Wellings y otros en Gran Bretaña²⁴ y los de Laumann y otros en Estados Unidos²⁵. Todos se distinguen por haber sido proyectados y realizados para responder a la aparición y difusión del SIDA y todos también, a diferencia de los mencionados antes, utilizan muestras estocásticas.

Y permítanme que para terminar dedique alguna atención al libro de Laumann y sus colaboradores, por ser muy amplio y por referirse a la sociedad cuya sexualidad ha sido investigada más veces a lo largo del siglo XX. Precisamente por eso vale la pena mencionar de entrada dos de sus resultados. El primero consiste en que, frente a lo hallado por Kinsey y luego repetido hasta la saciedad en muchos sondeos para la prensa y otros medios, los americanos han podido comprobar que sus comportamientos son más "normales" de lo que se les había inducido a creer. El segundo es que, aunque deliberadamente no fue concebido como una investigación sobre el SIDA²⁶, por lo que luego diré, sus resultados son muy

²¹ WILLIAM H. MASTERS y VIRGINIA E. JOHNSON, *Human Sexual Response*, Little Brown and Co., 1966.

²² Sobre ella no hay información de conjunto de estudios españoles. Hasta 1983 puede verse Julio Iglesias de Ussel, "La sociología de la sexualidad en España: notas introductorias", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 21, enero-marzo 1983, pp. 103 y sigs.

²³ ALFRED SPIRA *et al.*, "Les comportements sexuels en France", La documentation française, París, 1993.

²⁴ K. WELLINGS, JULIA FIELD, ANNE JOHNSON y JANE WADSWORTH, *Sexual Behavior in Britain: The National Survey of Sexual Attitudes and Lifestyles*, Penguin, Nueva York, 1994.

²⁵ EDWARD O. LAUMANN, JOHN H. GAGNON, ROBERT T. MICHAEL y STUART MICHAELS, *The Social Organization of Sexuality. Sexual Practices in the United States*, The University of Chicago Press, Chicago, 1994. Al mismo tiempo se publicó otro volumen paralelo pero con propósitos divulgadores de ROBERT T. MICHAEL, J.H. GAGNON, EDWARD O. LAUMANN y GINA KOLATA, *Sex in America*, Little, Brown, Boston, 1994.

²⁶ Una de estas es la de JOSEPH A. CATANIA, THOMAS J. COATES, RON STALL, HEATHER TURNER, JOHN PETERSON, NORMAN HEARST, M. MARGARET DOLCINI, ESTIE HUDES, JOHN GAGNON, JAMES WILEY y ROBERT GROVES, "Prevalence of AIDS-related risk factors and condom use in the United States", *Science*, 258, 1992, pp. 1101-1106.

útiles en este aspecto. Demostró, frente a la de Catania y sus colaboradores, que era más elevado el número de los expuestos a la probabilidad de contraer la enfermedad a través de contactos múltiples, 16,9% frente al 7%, entre la población estadounidense blanca de 18 a 59 años de edad que había mantenido relaciones sexuales con dos o más personas en los últimos doce meses.

Lo fantástico de este dato es que, como narran los propios autores, la encuesta les fue encargada inicialmente por el Departamento Federal de Salud y Servicios Humanos del Instituto Nacional de Salud Infantil y Desarrollo Humano (NICHD), con plena conciencia de la posición intelectual de los autores del proyecto, que se cifraban en que la mejor manera de entender el SIDA pasa por comprender el comportamiento sexual en su globalidad. El escándalo desatado por algunos políticos conservadores a la hora de circular el cuestionario hizo que el NICHD retirara la financiación comprometida contractualmente y que ésta fuera sustituida por la aportada por siete fundaciones privadas y completada por la ayuda inestimable y en algunos momentos crucial del NORC (National Opinion Research Center), de la Universidad de Chicago, que realizó los trabajos de campo.

El título mismo del libro *Organización social de la sexualidad*, revela la intención de los autores de enlazar con bastantes esfuerzos anteriores, aceptando que el sexual es un tipo de comportamiento socialmente estructurado, cuyas distribuciones de frecuencias son comparables entre los diversos grupos de sexo, edad, etnia, residencia y niveles de educación, así como también internacionalmente. La riqueza de su contenido es tal que solamente voy a destacar para no cansarles tres puntos concretos de él.

Uno se refiere a su marco teórico que, a diferencia de los estudios de los otros períodos descritos, es muy rico y explícito, porque utiliza tres enfoques. El primero es el del guión o programa de la conducta sexual, planteado inicialmente por Gagnon²⁷, que se asienta sobre las proposiciones de que las modalidades del comportamiento sexual están definidas culturalmente, aunque pueden adquirirse o cambiarse por otras a lo largo de la vida; que los efectos de los impulsos instintivos son bastantes menores que los de las prescripciones sociales y que no se es prisionero de la propia cultura ni en este ni en ningún otro punto²⁸. Es decir que este enfoque conjunta dos niveles de significado, el cultural y el psíquico, que no siempre se han considerado simultáneamente.

²⁷ JOHN H. GAGNON, *Sexual Conduct: The social sources of human sexuality*, Aldine, Chicago, 1973.

²⁸ Conviene recordar aquí el significativo título del ensayo de NORMAN MAILER, *The Prisoner of Sex*, Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1971.

La teoría de la elección por su parte, nos dice cómo escogen los individuos entre las posibilidades con las que cuentan, según el modelo que los economistas han difundido con tanto éxito. Para ello es preciso fijarse objetivos, que en este caso pueden ser el placer sexual mismo, la satisfacción emocional, la procreación y la buena reputación. A través de este enfoque se aprecia la propensión a mantener relaciones estables y a no cambiar de compañía sexual con frecuencia. Los autores se refieren, además, a la necesidad de recurrir al capital social para culminar las relaciones que se inician y acaban concluyendo que esta teoría promueve la articulación de las elecciones privadas con sus repercusiones públicas.

Por último, se hace uso de la teoría de las redes sociales explicando cómo es mayor la probabilidad de que se den relaciones de este tipo entre personas de similar edad, raza, educación, religión y vecindad. "En suma, escriben, las relaciones sexuales difieren mucho de otras en cuanto a los tipos de intercambios y ello lleva a formular predicciones diferentes sobre la ocurrencia de relaciones sexuales entre personas con características sociales diferentes"²⁹.

Estos tres enfoques son complementarios, porque mientras la teoría del guión o del programa de la conducta sexual se centra en la estructura de los acontecimientos, la teoría de las redes lo hace en la de las relaciones interpersonales y, a su vez, las redes sociales conforman, facilitan o condicionan, las decisiones de los individuos. Por otro lado, las más difíciles de conciliar entre sí son las teorías del guión y de la elección personal porque parten de concepciones diferentes de los mecanismos que rigen los comportamientos individuales.

Un segundo aspecto que es digno también de ser reseñado aquí es el que se refiere a las orientaciones normativas hacia la sexualidad que, una vez más, aparecen compendiadas en tres básicas: la tradicional, propia de aquellos que creen que el sexo no debe usarse contraviniendo las normas morales de la cultura a la que se pertenece; la relacional, que mantiene que la actividad sexual es aceptable siempre que se produzca en el contexto de una relación afectiva intensa y estable y la hedonista, cuyo único requisito es el consentimiento de los adultos.

Y deseo por último anticiparme mínimamente a su curiosidad recogiendo algo de lo que la obra que comento contiene sobre la homosexualidad que, pese a haber sido sistemáticamente juzgada como mala por los entrevistados en las encuestas realizadas entre 1972 y 1991, ha logrado en el último cuarto de siglo aumentar su visibilidad y obtener más apoyo para su legitimación. Una de las grandes ironías de este estudio consiste en que fue atacado por los senadores y con-

²⁹ E.O. LAUMANN et al., *op.cit.*, p. 18.

gresistas de extrema derecha porque, según ellos, tenía como objetivo legitimar la homosexualidad y demostrar lo muy extendida que estaba. Ellos rechazaban la creencia, entonces muy común en Estados Unidos, que la consideraba y aceptaba como un mito, de que el 10% de la población era homosexual, aún sin coincidir con lo descubierto por Kinsey, pero temían que el estudio sirviera de propaganda y colaborara a que la proporción ascendiera hasta el 20%³⁰.

Los preocupados autores aplicaron por ese motivo nada menos que cinco medidas diferentes para estimar la incidencia del comportamiento homosexual y, según los resultados de todas ellas, encontraron que era bastante menos frecuente de lo que se suponía: entre un 1,4% como mínimo y algo más de un 4% entre las mujeres y entre un 2,8% y un 9% entre los hombres. Cifras, por lo demás, no muy diferentes de las obtenidas en los estudios mencionados de Gran Bretaña, (entre el 0,4% y el 3,4% entre las mujeres y entre el 1,1% y el 6,1% entre los hombres) y de Francia, donde las proporciones para los hombres oscilaban entre el 1,1% y el 4,1%.

³⁰ E.O. LAUMANN et al.: op. cit., pp. 292-297.